

RECORDANDO A WILLIAM CARLOS WILLIAMS

James Laughlin

Traducción: Ricardo Cázares

RIDGE ROAD # 9

Una modesta casa de madera,
no muy grande, los listones
pintados de un color mostaza apagado,
dos pisos y un ático, asentada
en un pequeño declive sobre
el nivel de la calle, con escalones
y un barandal de hierro que subía;
junto a la puerta había un pequeño letrero:
Ridge Road # 9. W. C. Williams,
médico. Favor de tocar el timbre.
La casa debió construirse alrededor
de la Primera Guerra Mundial
y está situada en una calle llena
de arcos donde el reducido
núcleo comercial de Rutherford
(NJ) se mezcla con la zona de
casas cómodas que habita la gente
que trabaja en Nueva York,
la mayoría de clase media.
En aquellos tiempos no había
supercarreteras; era un aburrido
viaje de una hora en autobús
a través de los pantanos a Manhattan.



Suplicante, llegué a este templo
un año después de que Pound

KORA IN HELL IMPROVISATIONS



By WILLIAM CARLOS WILLIAMS

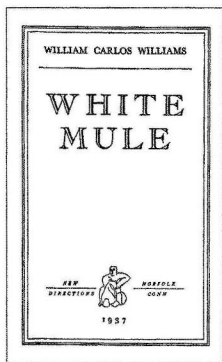
me convenciera de intentar volverme un editor, y él prometiera escribirle a los amigos que pudieran tener libros sin publicar. ¡William Carlos Williams! Qué nombre tan asombroso, fue uno a los que le escribió. Me estremecía la idea de irrumpir en casa de uno de mis ídolos, que si bien, entre el gran público, aún no era famoso, en el mundo subterráneo de la vanguardia literaria, del que habíamos oído en el internado, Pound y él reinaban por sobre todos los demás. *Kora in Hell* y *Spring and All* habían sido textos sacros en el curso de avanzados que impartía Dudley Fitts en Choate. Yo temía que Williams al ver lo joven que era me enviara de regreso a casa. ¿Cómo sería él? Subí los escalones y toqué el timbre. Abrió una mujer. Era su esposa, Floss, quien me dijo que el doctor estaba con un paciente y me invitó a tomar asiento en el salón, esperaban mi visita. Era un cuarto de lo más ordinario, con los muebles desgastados. Pero los cuadros que había en las paredes: un Demuth cubista con chimeneas industriales y un par de estilizadas flores de Demuth; un frutero precisionista hecho por Sheeler; un Dove y un Marin; una colorida abstracción de Ben Shahn de un edificio que parecía estar hecho

de ojos. Eran regalos de sus amigos pintores. También había un Marsden Hartley, unas montañas pálidas en Nuevo México. Más adelante Bill me contó que Hartley había sido una plaga, con sus insinuaciones constantes.

Después de un rato el doctor entró vistiendo su bata blanca y una enorme sonrisa, muy hospitalario. Sin reserva alguna me contó una anécdota acerca del paciente que acababa de atender. Todas las puertas estaban abiertas. Bill era un hombre acutáneo. No había piel alguna que lo separara de los otros. Un recién conocido de inmediato era un amigo. No tenía más que una cara. Cada tanto, una extraordinaria risa de cabra interrumpía su habla. Floss se nos unió, una mujer sólida y bajita, seria, lacónica. No sonreía muy fácilmente. Sufría un zumbido en un oído, resultado de un latigazo cervical una vez que Bill, al conducir, había tenido que frenar violentamente. La sufrida y paciente Floss. No debió ser fácil para ella el estar casada con un puñado de energía como Bill.

En primer lugar, Bill y yo hablamos sobre Pound, habían sido amigos en la universidad. ¿Ahora qué se traía

entre manos ese viejo loco? Luego acerca de los dos hijos de Bill, Paul y William Eric, uno todavía en la escuela, otro empezando la universidad. A ninguno le gustaba escribir, y qué mejor, no es la clase de carrera que uno le recomienda a un hijo, todo lo que había padecido tratando de hacer que publicaran sus primeros libros. Adelantado veinte años a lo que por entonces la mayoría de los lectores aceptaba. Bill debió pagar las ediciones de sus primeros cinco libros: los *Poems of 1909* (vendidos a 35 centavos y para el caso se vendieron bastante pocos, en la Papelería Garroway), *Al Que Quiere!*, *Kora in Hell*, *Spring and All* y *The Great American Novel* (que no era para nada una novela). Y cuando finalmente encontró un impresor comercial que publicara su *Voyage to Paganry*, la empresa cayó en bancarrota. Así que Bill estaba desesperado, estaba dispuesto a jugársela con un neófito de veintidós años de edad. Decidimos comenzar con *White Mule*, novela en la que Floss nace en la primera página, y de ahí seguiríamos con la Stetcher Trilogy, la continuación que narra la historia de la familia de inmigrantes alemanes de Floss. Antes de abandonar el número 9 de Ridge Road, Bill y Floss me llevaron a ver





Ser

(El nacimiento de Floss, las primeras
línea de *White Mule*)

"Emergió, como Venus del mar, cho-
rreando. El aire la envolvía, podía sen-
tirlo encima, rozando, despertándola. Si
Venus no aulló al librarse de las presiones
de ese mar-matriz, al sentir esa nueva co-
rriente más ligera brotando en su pecho,
agitando sus brazos —ésta sí lo hizo.
Apretó su carita sucia y soltó tres gritos
escalofriantes —y se quedó quieta."

La acacia en flor

Entre
las verdes
brillantes

hojas
de un árbol
del grosor de una muñeca

una vieja rama
rota
rígida

se mece
fresca como helecho
apenas cuelga—

vuelve mayo
y los racimos
de blancos

botones
se ocultan
para derramar

sus dulces
de modo casi
imperceptible

caen
de prisa
allá abajo

su jardín de flores, una pequeña parcela
detrás del portal de la cocina. Ese
era su pasatiempo favorito. Se pueden
encontrar más de cien poemas sobre
árboles y flores en sus libros.

Un florilegio.

El 27 de octubre de 1936, un día en
verdad memorable para mí y para
New Directions, me topé con una carta
en la oficina de correos que estaba
dirigida a la deidad. "Querido Dios",
comenzaba, "usted menciona, de
modo casual que está dispuesto a
publicar mi *White Mule*, que pagaré
la edición y que después compartiremos,
de haberlas, ¡las ganancias! ¡Dios mío!
Debe ser que es usted tan alto
que nubes de otro tipo giran en
torno a esa cabeza produciendo
pensamientos de un metal distinto
al de aquellas de las que a menudo
sólo vemos la parte inferior". *White
Mule* fue un éxito; el primero para
Bill y para mí. Fue reseñado por
buenos críticos. La gente habló del
libro. Hicimos una segunda impresión.
Podía entrar a una tienda con mis
mercancías sin que me trataran como
un joven loco y aberrante. La fama
de Bill se le pegó a su viejo amigo
Pound, cuyos libros comenzaron a
venderse lentamente, a diferencia

de antes. Se abrió una puerta. Había comenzado un nuevo período en la literatura norteamericana. Mandamos a imprenta *Life Along the Passaic River*, los cuentos de Bill, y poco después unos *Collected Poems*.

En una visita posterior al número 9 de Ridge Road Bill me llevó a caminar por la colina que estaba detrás de su casa. Desde la cima había una vista despejada de los pantanos hasta los rascacielos de Manhattan que se alzaban como flores blancas en medio de la neblina. En su juventud la ciudad de Nueva York había sido un enigma seductor, un “sueño de amor y de deseo” lo llamó en un poema, “un sueño un poco falso”. Era una ilusión amenazante. Mientras hacía sus prácticas profesionales en el Hospital Francés de la 10ª Avenida, y luego en el Hospital Infantil en la zona residencial, Bill pensaba establecer una consulta lucrativa en la ciudad. En Manhattan vivían los artistas y escritores; en Greenwich Village había hecho muchos amigos. Pero encontró también otras cosas que no le agradaban. El movimiento incesante. La corrupción. La avaricia. La violencia. Las tensiones. Comenzó a tener la sensación de que el área donde creció

De *Perpetuum Mobile: La ciudad*

—un sueño
que cada uno
de los dos
soñó
por separado

de amor
y de
deseo—

que se fundieron
en la noche—

en la distancia
imposible

de día
a través
de los prados—

Cuando
llegamos
la ciudad
se esfumó—

Un sueño
un poco falso

ante el que
ahora
estamos
mirando
hipnotizados

De golpe todos
al este
¡se levantan!

¡Todos blancos!
pequeños
como una flor—

un racimo de acacias

...

un sueño
al que
amamos—
por la noche
algo más
que un poco
falso—

Queja

Me llaman y voy.
Es un camino congelado
después de medianoche, un polvo
de nieve atrapado entre
las huellas endurecidas de las llantas.
La puerta se abre.
Saludo, entro y
me sacudo el frío.
Hay una gran mujer
de costado en la cama.
Está enferma,
quizá vomitando,
quizá luchando
por dar a luz a
su décimo hijo. ¡Qué dicha! ¡Qué dicha!
La noche es un cuarto
oscurecido para amantes,
¡el sol ha enviado una aguja de oro
a través de las celosías!
Le quito el cabello de los ojos
y miro con piedad
su sufrimiento.

—Rutherford y los otros pueblos de Nueva Jersey alrededor de Paterson— era su *locus mirabilis*, el lugar al que pertenecía y donde sería más feliz, el sitio en donde estaba destinado a dar consultas y también en el que intentaría registrar en su poesía los sonidos del habla local y las costumbres de pueblo chico. ¿Cómo consiguió Bill ser un obstetra y un pediatra de tiempo completo: horas de oficina, horas de hospital? ¿Visitas a domicilio, visitas nocturnas? Y encima de eso escribir más o menos treinta libros. Escribía los borradores de poemas en las recetas mientras conducía su auto, redactaba sus historias en libretas amarillas mientras esperaba a que alguien diera a luz, subía al ático a mecanografiar por una hora después de una visita nocturna. Por supuesto tenía una gran fuerza y vitalidad. Pero al final pagó por el desgaste de su cuerpo; lo pagó con los derrames que lo dejaron lisiado en su vejez. El secreto fue, estoy seguro, que ambas carreras eran complementarias; se nutrían la una de la otra; juntas lo alimentaban. Él mismo lo explica en el capítulo “Sobre la medicina y la poesía” de su *Autobiography*: “Me preguntan cómo he mantenido un interés en la medicina y el poema por igual. Les contesto que para mí equivalen a casi lo mismo. El hombre curado no es distinto a cualquier otro.

Resulta un asunto trivial a menos que uno ponga el entusiasmo de por medio. Así fue que descubrí que escribir era una necesidad de ese tipo. La medicina fue aquello que me dio la llave a los jardines secretos del ser. Gracias a mi insignia de médico pude seguir al pobre cuerpo derrotado a través de grutas y abismos. Justo ahí, al desplegar su belleza al máximo esa cosa es capaz de soltarse un instante y volar con culpa alrededor del cuarto. Durante una fracción de segundo revolotea frente a mí, una frase que anoto velozmente en cualquier cosa a la mano, cualquier trozo de papel que esté a mi alcance”.

En 1912 Bill se casó con Florence Herman, la más joven de dos hermanas. Ella había creído que él se casaría con su hermana mayor, Charlotte, pero ésta lo había rechazado. Desilusionado, comenzó a cortejar a la chica más joven. Se dice que Bill le dijo a Floss que en realidad no la quería pero que lo haría con el tiempo. No fue precisamente una propuesta muy romántica. “Ella tendría

De *Asfodelo, esa flor verdosa*

“...
En el altar
tan atento estaba yo
a mis votos,
tan conmovido por tu apariencia
una muchacha tan pálida
y a punto del desmayo
que sentí piedad
y quise protegerte.
Ahora que lo pienso,
luego de una vida
es como si
una flor de dulce fragancia
hubiera estado lista
y se abriera para mí.
...un perfume
como el de nuestra boda
ha resurgido para mí
y comenzado a penetrar
en cada resquicio
de mi mundo.”

De *Muchos amores*

“¡Mujeres! Con sus pequeñas
cabezas y grandes ojos
radiantes. En toda mi vida
nunca pude huir
de ellas.”

que aceptarlo como era, un poeta, y juntos lo resolverían.” Lo cual finalmente sucedió. Muchos años más tarde, cuando Bill en su vejez escribió “*Asphodel, That Greeny Flower*”, el poema que fue su declaración final de amor a Floss y su disculpa por sus infidelidades, tenía una opinión distinta de su matrimonio. Es bien sabido que Bill tuvo amoríos; no al grado de ser un mujeriego, ni de la satiriasis. Simplemente le gustaban las mujeres, de ellas sacaba material para su trabajo. Y él les gustaba a las mujeres. Después de la primera vez que llevé a mi esposa Ann a Ridge Road número 9, me dijo: “Creo que es el hombre más sexy que jamás he conocido”. Era amable y seductor. Quizá se debía a su mezcla de sangre inglesa y española: padre inglés y madre española de Puerto Rico. Bill no contuvo su problema. Se sentía culpable, odiaba lastimar a Floss, pero su remordimiento, aunque velado, se filtra en su pieza teatral *A Dream of Love*. Se trata de un sueño

doble. En el primero, el Dr. Thurber, médico y poeta, se lleva a la joven esposa de un vecino a un hotel en Nueva York. Mientras hacen el amor, él sufre un ataque cardíaco y muere. En el segundo sueño él regresa a la cocina de su casa para contarle lo que ha hecho a su desconsolada mujer. La explicación está en dos partes. La primera presenta el papel de la mujer en la imaginación, la segunda, que para Floss debió ser bastante difícil de aceptar, sugiere que el adulterio ocasional es necesario para renovar el fervor del amor conyugal.

I

Doc: "Un hombre debe proteger su integridad de hombre, tan bien como pueda, por medio de cualquier invento que sea capaz de concebir en su cerebro o en su panza. Para probarse debe crear a una mujer de algún tipo en su imaginación. Es una mujer— aunque se trate de una fórmula matemática para la relatividad. Incluso más en ese caso —pero una mujer. Está bien, un poema. Quiero decir, una mujer, llevarla hasta la luz, edificarla y no simplemente con piedras o colores o palabras bobas, sino de carne y hueso, cálida, agradable, hecha de acuerdos naturales.

"Y así como una mujer debe producir de su vientre femenino—un hijo— para consumarse, un hombre debe crear, del esqueleto de su imaginación, una mujer, en toda su belleza, y poseerla, para también completarse..."

II

Myra: "No me importa lo que hagas pero exijo que me digas lo que le prometiste a esa mujer antes de caer muerto en su cama."

...

Doc: "Querida, no dejes que eso te perturbe. Yo sabía que si queríamos seguir amándonos tendríamos que hacer algo al respecto. Se presentó una oportunidad y la tomé. Para mantener vivo el amor... Todo salió bien. Como resultado, te quise más de lo que te había querido en toda mi vida hasta ese momento. Funcionó. No te lo pude decir —no habrías entendido lo que sentía."

Sólo para decirte

Que me comí
las ciruelas
que estaban
en la heladera

y que
probablemente
guardabas
para el desayuno

Perdóname
estaban deliciosas
tan dulces
tan frías

Y la respuesta de Floss

Querido Bill: Te preparé
un par de sandwiches.
En la heladera encontrarás
unas moras—un tazón con toronja
un vaso de café frío.

Si lo prefieres en la estufa
está la tetera
con suficientes hojas para hacerte
un té —Sólo enciende el gas—
hierve el agua y agrega el té

Hay bastante pan en la panera
y mantequilla y huevos
—no supe bien qué prepararte.
Varias personas hablaron
preguntando el horario de consulta.

Te veo más tarde. Con amor. Floss.

Por favor desconecta el teléfono.

Se obtiene una imagen más clara del cariño doméstico en el número 9 de Ridge Road si miramos los que llamo “poemas de la heladera”. Cuando Bill o Floss querían dejarse un mensaje pegaban una nota en la puerta del refrigerador de la cocina.

